



El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECAÑO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9008

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

CONDICIONES

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1 y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirige al Administrador.

El pago siempre adelantado y en metálico en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreste, rue Camarín, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great West Street.

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.—

SABADO 7 DE NOVIEMBRE DE 1891.

Vichy catalán.—Véase el anuncio en la cuarta plana.

LA HIGIENE EN ESPAÑA.

Hemos recibido la Memoria que con este título acaba de publicar nuestro buen amigo e ilustrado médico de la armada D. Jacinto Molina; Memoria de tan relevante mérito, que la Real Academia de Medicina de Barcelona, ha premiado al autor con medalla de oro y el título de socio.

Muchas veces estas memorias, destinadas a debatir o ilustrar un punto científico de lo que se encuentran, atestadas de citas y nombres de autores, haciéndose pesadas y poco agradable su lectura, no sólo para los profanos, sino también para los que a la misma ciencia se dedican.

No sucede, esta vez, con el libro de Sr. Molina, pues escrito en correcto y sencillo lenguaje, y libre de páginas de innecesarios datos referentes a la historia de la medicina, se hace agradable e interesante al que lee. Es verdad que en algunas partes se repite lo que, bien por que se haya hecho de moda, ó porque sea convicción verdadera, de su importancia la que lleva a la generalidad de las gentes, hablar de higiene, resulta de necesidad de repetir lo que ya se ha dicho.

Esta obra dividida en tres partes: es la primera un repertorio histórico de la enseñanza de las ciencias medicas en España desde las épocas remotas hasta nuestros días; la lectura de esta parte hace olvidar nuestra decadencia actual, hace olvidar que en materias científicas no somos hoy más que imitadores copistas de cuanto se inventa, se escribe y hace en otras naciones, y en materia de higiene nos contentamos con ser platónicos admiradores, para remontarnos a épocas anteriores, y ver la importancia de nuestras escuelas en la época de los Adriaños, para ver cómo en el siglo VIII España preparó para toda Europa el renacimiento científico, y figuró a la cabeza de todas las naciones conservando esta supremacía hasta el XV y XVI.

En las otras dos partes, examina el autor la deficiente enseñanza de la Higiene en nuestro país; los obstáculos que la ignorancia de unos, el egoísmo de otros oponen a sus adelantos, que luchando abiertamente contra la rutina y las preocupaciones, trata de implantar en nuestro país las reformas necesarias para hacer sana y habitable la casa, la fábrica, el taller, la calle, la población, etc., a fin de disminuir o hacer desaparecer los constantes peligros que amenazan la vida del individuo, y en poblaciones como en Cartagena, hacen sucumbir anualmente un cuarenta y tantos por mil de sus habitantes, según nos hace ver otro ilustrado médico de esta localidad, en un luminoso informe que publicó nuestro querido

Como al presentar el mal, necesario se hace buscar el remedio, también lo indica en su libro el señor Molina, abogando por mayor independencia para los servicios sanitarios que deben depender exclusivamente de médicos higienistas, llegando hasta la creación de un ministerio de Salubridad.

Para terminar esta ligera reseña, y aun a riesgo de ofender a nuestro amigo, vamos a copiar el siguiente párrafo del acta de la sesión inaugural de la Academia, que es el mejor elogio que del libro podemos hacer.

Dice así el acta citada:

«El autor de este trabajo, se ha hecho acreedor al premio, puesto que según dictamen de la comisión correspondiente, desarrolla el tema de un modo completo, estudiando profundamente todas las cuestiones en este programa exigidas, y las expone con buen criterio, con rigurosos razonamientos y con elegante estilo. Esta Memoria, la única que ha ganado premio en el concurso actual, es precisamente la más pobre por sus condiciones materiales, y esto es una prueba más de que la Academia no se deja sorprender por las vanidades caligráficas, ni por el tropel de las enderminaciones.»

Damos, al Sr. Molina, nuestra cordial enhorabuena por el triunfo obtenido, y le agradecemos el envío que de su libro nos ha hecho.

TEATROS DE MADRID.

En el teatro de Heredia se representó el día 5 de Noviembre de 1890, un drama en tres actos, por esta vez no poetas, sino actores, las compañías teatrales, de Don Juan Tenorio, Perdigón, sin duda alguna, pero ya recordamos los lectores lo que decía Fernando VII, de las perdices a diestro y siniestro.

Si, embargo, la obra, que, todos los años debe hacer pasar bastante mal rato a su inspirada autor, con sola recordar que él la concibió y la escribió mientras que, sonreído, de los disfrutes de los cinco ó seis mil duros anuales que produce este drama, la obra, en cuestión, repito, debe tener poderoso atractivo, cuando solo en Madrid ha habido días, en que por tarde y noche se han dado de esta diez y siete ó diez y ocho representaciones, viéndose a la gente acudir a los coliseos con ese afán, con esa ansiedad, con esa fiebre que caracteriza las horas que preceden a las ferriadas turinas en España.

Por supuesto que no ha habido nada de nuevo, a no ser las decoraciones que ha estrenado el Español. Por lo demás D. Justo ha seguido guianteando, jugando, bebiendo, D. Inés requiebrada, el Comendador y Regia han pasado a mejor vida y ha vuelto a rebotar para volver a hacer también como de costumbre, los viejos han peido con jerga en pretérito y los jóvenes en futuro.

Pero sí ha habido una novedad. En uno de los actos, careciendo de un D. Juan en propiedad, buscamos para que representara el papel del famoso burlador a un an-

tiguo y repatado artista cómico que, según parece, estaba algo atrasado de fondos. Aceptó la proposición de la empresa que era para él una ocasión de volver a lucirse y pidió una cantidad en préstamo sin duda para comer bien temeroso si no pasaba un rato en Fornos ó en el café Inglés, de no poder dar cima a la escena del «auge de amor.»

Poco antes de que se descorriese el telón y exclamase Don Juan «¿Qué gritan esos malditos?» se supo que el actor y el préstamo habían desaparecido, con cuyo motivo fué necesario buscar otro tercer Don Juan y fué un milagro que no resultara un Juan Lanas, pero según cuentan los que lo vieron, cumplió bien, lo cual no tiene nada de extraño porque, no digo yo un actor, sino cualquiera espectador, hubiera podido representar el papel de Don Juan Tenorio y todos los del famoso drama.

Ya que estamos en el capítulo de los teatros, justo es aplaudir una vez más a María Tubau por lo admirablemente que ha desempeñado el papel en la nueva obra «El matrimonio de Olimpia», obra que, sin embargo no ha producido mucho efecto en el público, porque es precisamente en su tendencia el polo opuesto a la dama de las Camelias, que, gracias al talento de D. Justo, que, gracias al talento de D. Justo, mas ha ganado la causa de una personalidad más interesante.

Ahora preparan en el mismo teatro el drama de Sardou, «Thermidor», una de las páginas más interesantes de la gran revolución francesa, que armó grandes escándalos en París cuando se representó, pero que seguramente no se repetirán en Madrid, porque allí era un sinnúmero de veces, y en Madrid, al mismo tiempo aplicado al gobierno, mientras que aquí será un sinapismo aplicado al prójimo.

En los demás teatros se ensayan con actividad, porque desde ahora hasta que se aproximan las fiestas de navidad, los teatros suelen estar desiertos, si las empresas no echan el resto para despertar la atención pública.

Las funciones militares de Carabanchel han sido muy brillantes, pero como sucede siempre en estos casos han producido algunas víctimas.

La explosión de un cañón dejó fuera de combate a cuatro artilleros; un soldado recibió un par de coces, doloroso é inesperado regalo en las guerras, aunque sean de mentirijillas, un teniente que se cayó del caballo se rompió una pierna y una pobre mujer que se dedicaba a recoger en el campo de batalla los cascos de granada, tristes migajas de aquella festa para venderlos como hierro viejo, tuvo la desgracia de que estallase a su lado una granada que le causó una herida de gravedad, doble desdicha para ella, porque no sólo tuvo que ser conducida al hospital, sino quedar allí en calidad de presa por haberse apoderado del boñín de guerra.

Las letras españolas tienen que lamentar la muerte de uno de los más distinguidos literatos del presente siglo, Avar Calleja D. Manuel Cañete, crítico, uno de los más activos é inteligentes miembros de la Academia Española y autor de

estudios literarios que justifican la fama que ha alcanzado.—D. Manuel Cañete ha fallecido a las 69 años y nadie al verte en los últimos tiempos hubiese creído que pasaba de los 50. Era alto, esbelto, de una actividad prodigiosa; no sólo se consagraba a las tareas literarias sino que desempeñaba la secretaría de la Sociedad benéfica de señoras y además dedicaba bastante tiempo a visitar a las damas ilustres y más elevadas de la corte, que le distinguían por su ameno trato y su inmensa bondad. Esta bondad no sólo dedicarla a las obras que examinaba y criticaba.

El model no giro que tomaba la literatura no era de su agrado y desentendíase con el período de la infancia con su juventud.

Cañete es un ejemplo de lo que puede la constancia y la fuerza de la voluntad. Nació en Sevilla, de una humilde familia de actores y comenzó a ganarse la vida en calidad de trapista. Sus primeras actuaciones de aquella época las dio como aficionado y la experiencia le enseñó para llegar a ser como hemos visto, uno de los primeros directores de teatro en un momento que tanto tiempo cambió el gusto con sus mudanzas sus generosas ideas de adelantos.

Las tentativas que hizo como autor dramático, no fueron felices, pero por la obra «Los de la corte» que escribió en colaboración con los escritores españoles, y que por sus rasgos de carácter y de actualidad, que se ven en ella, es una verdadera manifestación del apuro en que le han tenido siempre los literatos y la buena sociedad madrileña, que el Director Don D. Ochoa de Arriba, ha publicado.

VARIEDADES. EL HUÉSPED DEL COMEDOR (COLABORACIÓN INEDITA)

No hay casa de huéspedes, donde no exista algún pupilo infeliz, víctima de todas las conveniencias de la patrona.

A este ser desafortunado suele llamarse el huésped del comedor, porque ocupa la alcoba correspondiente a esta pieza; y dicho se está que allí recibe directamente las puras emanaciones de la comida y tiene que soportar el ruido de platos y tenedores, aunque esté con jaqueca.

Yo, aunque me esté mal en decirlo, he sido huésped también, pero no tenía ni alcoba en el comedor. El que la disfrutaba, era D. Bernardino, ex oficial segundo de administración civil, y poseedor de un sueldo de treinta duros mensuales, limpios de polvo y paja.

Cuando se presentó en casa de D. Ramona, solicitando su ingreso en clase de huésped, habló con la mayor franqueza, porque él es hombre muy claro y muy formal. Yo no puedo pagar, amigos de doce reales, incluyendo la ropa, y además tiene que darme medio panecillo largo, que me costará a comer por las noches.

—¡Ay, hijo!—contestó doña Ramona.—En mi casa no tengo huéspedes por metros de un duro; porque aquí se come muy bien y todos los que hay son muy decentes. En la sala está D. Casimiro, que fue gobernador en tiempo de la república, y por poco no le hacen obispo, solo que él no quiso someterse a que le rapasen la coronilla. En el gabinete tengo a D. Atilano, que ha sido almacenista de vinagre, se lo pasó a una sobrina, y a este tenor son los demás huéspedes de mi casa.

—Debo advertir a V. que yo soy también bastante decente.

—No lo dudó.

—Cómo poco.

—En eso no me meto, aquí los pupilos comen todo lo que quieren, si a alguno se le acaba el pan ó pide la pifileña ó el aceite y el vinagre, nadie le dice nada por eso. En fin, quedese V. aquí un rato, y les verá usted comer.

—No, señora, muchas gracias.

—Para que se convenza de que en Madrid hay pocas mesas como la de esta casa.

El hecho fue que D. Bernardino se quedó por doce reales y medio, pero tuvo que ocupar la alcoba del comedor, bastante estrecha, por cierto, y allí más platos que en la alcoba, y más ruido, y cuando abrió la puerta o sacaba la cabeza por un vidrio rojo.

Allí le conocí yo, hecho un espárrago a fuerza de sufrimientos y malas razones.

—Doña Ramona—decía el pobrecillo—¿quiere V. hacerme el favor de traerme un poco de agua templada? La estoy pidiendo desde las siete menos cuarto.

—Caramba—No es V. poco paciente.

—Es que acaban de dar las doce.

—Buéno, pues espérese V. que estamos haciéndole una cataplasma a D. Atilano, el del gabinete.

El pobre D. Bernardino no se atrevía a replicar, porque harto sabía él que el otro pagaba un duro diario, y era, por consiguiente, objeto de todas las preferencias. De modo que ó tenía que renunciar al agua caliente, ó iba por su pie a buscarla a la cocina, con gran disgusto de la cocinera, que le llamaba «cominero» y «cata salasa».

—No se acerque V. al fogón—gritaba la maritornes.—Pida V. lo que necesite, y no toque los puñeros para nada.

—Pero si estoy toda la mañana dando voces...

—Yo no tengo más que dos manos, y mientras cuece la cataplasma, no puedo dedicarme a otra cosa, porque a D. Atilano le gusta todo muy bien hecho y como es el huésped que más paga, hay que servirle de cabeza.

—Bueno: pero yo también pago.

—¿Qué más V. interrumpió doña Ramona—¿Se quiere V. comparar con los pupilos? Yo le tengo a usted en doce reales y medio, porque me ha dado V. lástima, que por lo demás, malo lo que gana.

—Pues hámbrase si solo de lechuga es V. capaz de comerse un barrendo.

D. Bernardino pagaba el alquiler porque era pandonoso y habla

